

¿Te gusta conducir? Exige buenas carreteras.



Hace años, BMW lanzó un anuncio que planteaba una simple pregunta: “**¿Te gusta conducir?**”. Aquella cuña publicitaria evoca una época en la que la experiencia de conducir era sinónimo de libertad y placer. Hoy, la realidad nos presenta un escenario muy distinto: carreteras en condiciones deplorables se han convertido en un auténtico territorio de obstáculos. Conducir se ha transformado en una constante gymkana: esquivamos baches, cambiamos de carril para evitar zonas irregulares y tratamos de descifrar las marcas viales, apenas visibles por el desgaste especialmente en la noche o bajo condiciones meteorológicas adversas.

Pero la deficiente conservación de las carreteras tiene también repercusiones que trascienden la incomodidad al volante. El mal estado del firme no es solo una molestia: **tiene graves repercusiones económicas, ambientales y, sobre todo, en la seguridad vial**. Esto exige una urgente reconsideración de nuestra actitud como sociedad.

El impacto económico es significativo y multifacético. El aumento de visitas a los talleres mecánicos para reparar daños causados por **el mal estado del firme genera un incremento en los costes de mantenimiento** de los vehículos. Los neumáticos, por ejemplo, sufren un desgaste prematuro provocado por las irregularidades del pavimento, y las piezas de los sistemas de suspensión y dirección requieren ser reemplazados más a menudo. A esto se suma la pérdida de valor de los vehículos por los desperfectos sufridos. En definitiva, el mal estado de las carreteras genera un coste

económico oculto pero sustancial que recae directamente sobre los ciudadanos.

En cuanto al impacto ambiental, está demostrado que **un firme en mal estado incrementa el consumo de combustible y las emisiones de gases de efecto invernadero** de los vehículos. Además, el desgaste mecánico genera un impacto adicional que aumenta la huella ambiental a través del consumo de recursos, la generación de residuos y las emisiones contaminantes asociadas a las reparaciones. Es este un aspecto que muchas veces olvidamos al hablar de sostenibilidad, centrando la conversación solo en las emisiones directas del transporte.

El riesgo más preocupante del deterioro del firme (en general, de la carretera) es su impacto en la seguridad. **Un firme en mal estado puede causar accidentes** directamente (por pérdida de control o averías mecánicas), pero también indirectamente, al forzar maniobras evasivas que aumentan el riesgo de colisión o de salida de vía. Resulta paradójico que, a pesar de ser esta una realidad innegable, algunas instituciones minimicen la importancia de este problema, llegando incluso a ignorar el papel fundamental que juegan las infraestructuras en la siniestralidad. **La carga de la responsabilidad al conductor bajo el argumento de la "velocidad inadecuada al estado de la vía" es una simplificación reduccionista**, que exime de toda culpa a las Administraciones competentes. Tal postura no solo es injusta, sino que desvía la atención e impide la adopción de medidas eficaces para mejorar la seguridad vial, a través de la adecuada conservación y man-

¿Te gusta conducir? Exige buenas carreteras.

tenimiento de las carreteras. Esta es sin duda una obligación ineludible de las Administraciones, que deben velar por la seguridad de los usuarios.

La planificación (si puede llamarse así) de las obras de conservación también resulta cuestionable. Con demasiada frecuencia, **las rehabilitaciones llegan tarde y se limitan a parches superficiales** que apenas prolongan la vida útil de la vía a corto plazo. Estas intervenciones, insuficientes y con poca o nula visión a largo plazo, son un despilfarro de recursos públicos. Reparar de manera cíclica sin una estrategia integral es una gestión completamente ineficiente. En un contexto de austeridad y de creciente exigencia de responsabilidad en la gestión de fondos públicos, la pregunta sobre si estas prácticas rozan la mala administración, o incluso la malversación, es inevitable.

Pero, más allá de las cuestiones técnicas y económicas, en las que seguramente todo el sector estemos de acuerdo, **el silencio social ante el deterioro de nuestras infraestructuras es quizás el aspecto más preocupante**, dando la sensación de que hemos asumido el deterioro de las infraestructuras como una realidad inevitable. En el pasado, hace no tantos años, un bache o un blandón en el firme generaban quejas e indignación ciudadanas, llegando incluso a la movilización en pro de su reparación. Hoy, este deterioro es una constante que hemos llegado a normalizar; poco levantamos la voz ante un sistema vial que necesita urgentemente atención y cuidado. Esta complacencia **envía un mensaje de conformidad** hacia aquellos responsables políticos que tienen el poder de cambiar la situación, quienes priorizan otras áreas relegando el mantenimiento vial a un segundo plano, un error del que seguimos sin aprender.

La necesidad de un cambio es urgente. **Unas carreteras en buen estado no son un lujo, sino un derecho fundamental que afecta directamente a la seguridad, la economía y la sostenibilidad.** Los ciudadanos debemos exigir a las Administraciones competentes la asignación de los recursos necesarios para el mantenimiento y la renovación de las infraestructuras viales, y asegurar que estos recursos se inviertan de manera **eficiente y transparente**. Esto es, con planes de mante-

nimiento a largo plazo que eviten las soluciones “parche” y prioricen la inversión en infraestructuras duraderas, seguras y respetuosas con el medio ambiente.

Insistir en estas cuestiones se convierte en **un deber cívico para salvaguardar nuestra propia seguridad y también para preservar el bienestar de las futuras generaciones.** Solo reclamando activamente unas infraestructuras de calidad podremos acabar con la situación actual y evitar que el mantenimiento de las carreteras se convierta en una sucesión de intervenciones cosméticas que enmascaran los problemas estructurales y que suponen gasto económico, accidentes y una elevada huella ambiental. Y, además, conseguiremos que conducir **deje de ser una obligación tediosa para volver a ser una experiencia que podamos disfrutar plenamente.**

Es hora de que la vergüenza cambie de bando: que la responsabilidad de la seguridad vial recaiga también, como debe ser, sobre quienes tienen el poder y la obligación de garantizar unas carreteras en buen estado. Los ciudadanos debemos exigirlo con firmeza, porque **nuestra seguridad no puede depender de nuestra capacidad de adaptarnos a la precariedad vial.**